

Por una historia de la bioética

PRIMERA PARTE

Eduardo Casillas González

Máster en Bioética

Hablar de la historia de una disciplina es una tarea difícil, que requiere un cierto distanciamiento, sobre todo temporal, para poder tener una visión que permita acoger la totalidad en el discernimiento de los hechos más significativos. Cuando la disciplina misma es joven, se tiene la tentación de hablar de una historia que pudiera parecer la más completa posible a través de la enumeración cronológica del mayor número de hechos de los cuales se tiene conocimiento. De tal modo se corre el riesgo de perder la totalidad, y con ella su significado. Nos parece que sea el caso en nuestra disciplina, la bioética. La historia de la bioética corre el riesgo de volverse una especie de galería de las opiniones, así como Hegel había advertido para la historia de la filosofía, donde no se tenga alguna determinación de su identidad disciplinar. Estamos, de cualquier manera, de acuerdo también con quien, ya hace algunos años, sostenía que ha llegado el tiempo, y es oportuno hacerlo, de comenzar a poner el problema histórico, de interrogarse e interrogar los diversos protagonistas y estudiosos más documentados sobre la modalidad y los contenidos de una historia de la bioética. Por lo demás consideramos que, como quiera que sea, como dijera Nietzsche, la historia es maestra de vida y conlleva sin duda más utilidad que daño. La historia es necesaria para aquel círculo hermenéutico que guía cada vez más a un mejor conocimiento a través de pre-conceptos y pre-experiencias, a una conciencia mejor de lo que somos y de lo que son las cosas, en el caso concreto, de nosotros los hombres, y en particular de nosotros los que nos preocupamos de conocer la bioética, y de la bioética misma. Por tanto, nos adentraremos en una imposible historia de la bioética, en la consideración de algunos hechos que tienen que ver con ella, tal como se han presentado en el curso del tiempo, conscientes que es más importante el conocimiento de los fundamentos conceptuales que caracterizan desde el punto de vista epistemológico la disciplina, que aquí apenas veremos periféricamente. Sin embargo somos también conscientes de que la historia es importante, y es bueno conocerla para tener mayor claridad sobre nuestra identidad y en tal caso la identidad de la bioética. Por este motivo hemos decidido escribir este artículo, para tener el mínimo de conciencia histórica que pueda proyectarnos del presente, a través del pasado, al futuro.

Bioética es un término nuevo, que no había sido escrito nunca en ninguna lengua antes del inicio de los años setenta del siglo pasado. La palabra inglesa “*bioethics*”, localizada por primera vez en literatura, fue usada por el oncólogo estadounidense Van Rensselaer Potter.

Bioethics es una palabra compuesta por *bio*, vida, y *ethos*, ética, o mejor dicho, reflexión sobre los comportamientos humanos. En tal caso el significado etimológico se enfoca precisamente en la disciplina que debería trabajar en las reflexiones morales sobre aquello que tiene que ver con las problemáticas planteadas *stricto sensu*, por la vida. En efecto, Van Rensselaer Potter, en su artículo, *Bioethics, the Science of the Survival*, vislumbraba un preciso campo de acción. Según su percepción la especie humana estaba cada vez más en riesgo por el así llamado desarrollo tecnológico, que guiaba las opciones muchas veces

tomadas en contra del hombre no sólo directamente, sino también indirectamente, a través de un ataque brutal a todo el sistema ecológico, motivo por el cual veía en la bioética la ciencia de la supervivencia.

En aquel tiempo, de igual forma en todo lo concerniente a la cuestión de la energía nuclear, se percibía en el ambiente un catastrofismo, arraigado en la mente humana después de las heridas de la segunda guerra mundial, que había demostrado la realidad de las capacidades destructivas del género humano en su máxima concepción, gracias a los sucesos de Hiroshima y Nagasaki con la bomba atómica. Aparte de ello, era sumamente cercana también la experiencia de los crímenes nazistas, puestos al desnudo con el juicio de Núremberg, como los experimentos indiscriminados, la eugenésica, la eutanasia, y todo lo descubierto, con lo cual habían sido suprimidas no sólo muchas libertades, sino el vehículo mismo a través del cual se ejercita la libertad, es decir la vida física, brutalizada, o suprimida, en nombre de una ciencia y de un pensamiento al máximo materialistas, reduccionistas y *aniquilistas*, que requerían de ser cancelados a través de una fuerte reflexión sobre el significado mismo de la vida. Fue así que en la época prehistórica de la bioética, cuando aún no existía el nombre, se dejaba oír ya en el mundo cultural un fuerte pensamiento de toma de conciencia, que venía explicitado muy apropiadamente por las reflexiones del filósofo Hans Jonas, que giraba en torno al ser de tipo ontológico su *principio de responsabilidad*. También en el ámbito científico, que en aquellos años veía en los principios de la evolución y en todas sus derivaciones biosociológicas una novedad, comenzaron a hablar con insistencia de *ética del evolucionismo*, de “*moral de la socialidad*” o de la *simpatía*, y de una *defensa de la vida* con raíces propias de la física evolutiva de la vida misma, en las analogías encontradas incluso en el mundo animal, con una primera consistencia en el *fundamento biológico*, al grado de hablar de *biomoralidad*, término que fue encontrado por primera vez publicado en 1969. Esta sería una novedad para el itinerario histórico de la bioética, desde el momento que si queremos entender *moralidad* como sinónimo de *moral*, podemos argüir no sólo que un italiano (U. Forti) haya anticipado con *biomoralidad* el término *bioética*, sino que la cultura occidental estaba lista para recibir algo que flotaba en el ambiente, que se podía olfatear con una exigencia universal en el querer subrayar la necesidad de una reflexión ética *sobre, en la, con y por la vida*. Quizás en tal sentido el autor podía entender *moralidad* en su significado de enseñanza que se puede traer de la vida en general y animal en particular; aunque en una perspectiva vitalista o reduccionista, evolucionista o materialista, él se adentraba en el discurso de la importancia de la *defensa de la vida* y de la vida humana en particular.

En los años sesenta se había acentuado la postura que prevalecía inmediatamente después de la segunda guerra mundial, en parte por los motivos ya recordados, de desconfianza en la positivista certeza del progreso ofrecido por la ciencia y la técnica, y se comenzaba a preguntar con insistencia si la división en las *dos culturas*, por una parte la *científica* y por la otra la *humanista*, habría sido beneficiosa y sobre todo pudiera beneficiar en el futuro, al género humano. Fue así que Potter en 1971 publicaba el volumen *Bioethics: a Bridge to the Future*, donde sostenía que el rol principal de la bioética debía consistir en un puente construido hacia el futuro, en el cual se debía pensar en la supervivencia de una vida, por la cual era necesario buscar una calidad más que aceptable; pero el puente tendría que, para alcanzar su objetivo, conectar y finalmente acercar la cultura científica con la cultura humanística. Volviendo al término bioética, Potter siempre la explicaba del siguiente modo:

La bioética es una nueva disciplina que contemporáneamente reflexiona sobre los datos biológicos y los valores humanos.... He elegido bio para representar el conocimiento biológico, la ciencia de los sistemas vivientes; y he elegido ética para indicar el conocimiento de los sistemas de valor. Potter se insertaba en la perspectiva ecológica y de la evolución, que como hemos dicho había interesado al estudioso de historia de la ciencia recordado líneas arriba, el italiano Forti, que hablaba en 1969 de *biomoralidad*.

En efecto, si regresamos atrás en el tiempo, antes de 1969, encontramos un fondo cultural que parte de muy lejos; y precisamente sobre este fondo surgirá al final de los sesenta la bioética. Muchos bioeticistas, aun reconociendo a Potter la paternidad del nombre, reconducen el inicio de la ética biomédica al Código de Hammurabi de los babilonios, y en particular a la medicina hipocrática, que se enraizaba sobre fuertes valores éticos, basta pensar en “El Juramento”, e indicaba verdades fundamentales e inalienables como el principio de no maleficencia, el “*primum non nocere*”, y por tanto el principio de beneficencia, con un fuerte llamado a la indisponibilidad de la vida humana, a no practicar el aborto y a no procurar la muerte a nadie.

Dejando a un lado los puntos de reflexión a propósito de la ética de la vida en todas las corrientes de pensamiento de la antigüedad, queremos recordar el indudable aporte dado a las problemáticas de las cuales al día de hoy se ocupa la bioética, por parte de la cultura y el pensamiento cristianos. Estamos totalmente de acuerdo con Sebastiano Maffettone, cuando reconoce que también Santo Tomás de Aquino en el fondo discutía de bioética.

La tradición de la reflexión teológico-moral, ha tenido un rol importante, y lo tiene todavía, sea ella de postura deontológica, o bien basada en el Decálogo, o bien de postura teleológica basada en las virtudes. En efecto las problemáticas morales planteadas por la vida física, la salud, la enfermedad, la medicina, hasta la primera mitad de los años 50 del siglo XX formaban parte de la exclusiva reflexión de la teología moral de la Iglesia católica, que confluían a menudo en manuales, en todo el Occidente. En este sentido tuvo un rol decisivo el magisterio del Papa Pío XII, que a través de sus discursos escritos, transmitidos por radio, y recogidos en el volumen *Discurso a los médicos*, publicado en 1959 y en muchas circunstancias dirigido directamente a los operadores sanitarios y en particular frente a los consejos médicos sobre las problemáticas entonces emergentes de la sexualidad, de la procreación, de la responsabilidad profesional, del aborto, de la inseminación artificial, de la valoración de la muerte, de la eugenésica, de la eutanasia, de los trasplantes, por mencionar algunos, representa al día de hoy un precioso instrumento. Como ha afirmado Giovanni Russo, el magisterio pontificio de Pio XII ha representado la verdadera prehistoria de la bioética, y pienso sea difícil poderlo desmentir. En este sentido, ha habido cierta continuidad también en los magisterios pontificios sucesivos al de Pio XII, que pasando por los documentos del Concilio Vaticano II y otros numerosos documentos oficiales que aquí dejamos a un lado por motivos de espacio y no por importancia, y sobre todo a través de la Encíclica *Humanae Vitae* del Papa Pablo VI, ha encontrado el culmen en la *Evangelium Vitae* de Juan Pablo II, en la cual no sólo era nominado por primera vez el término bioética, sino que son afrontadas numerosas problemáticas entre las cuales el aborto y la eutanasia, siguiendo el destello de la también importante encíclica *Veritatis Splendor* de 1993.

A mitad de los años cincuenta del siglo pasado, en Estados Unidos, el teólogo protestante J. Fletcher encendió un debate con su libro *Morals and Medicine*, en el cual sostenía la

importancia de la libertad de cada quien para autodeterminarse, en base al principio de autonomía. Fueron inmediatas las respuestas de teólogos católicos e incluso de otro teólogo protestante, P. Ramsey, en el refutar la tesis del libro, que con una radical contestación cambiaba el peso de las soluciones morales del plato de la balanza del Decálogo al de los derechos humanos de corte iluminista, sin embargo, posteriormente el debate vino a menos. Ciertamente, se había abierto una grieta importante sobre todo por aquello que hasta entonces había sido la relación médico - paciente, un paternalismo que a Fletcher le parecía ya fuera de lugar, y se invocaba con gran voz el derecho de conocer la verdad sobre el diagnóstico, el derecho de control sobre la paternidad y la maternidad con la contracepción y la esterilización, el derecho de vencer a la esterilidad con la inseminación artificial y el derecho de morir con la eutanasia. Todas estas instancias serán recuperadas sucesivamente sobre todo por los bioeticistas que se remitirán a una bioética liberal, también llamada laica.